

Aguas de deseo

Miguel Ángel Cabrera Rayo
Aguas de deseo

SEPTEN EDICIONES

*A Laura, por su inspiración;
a Jero, por su apoyo en todo este tiempo;
a mi familia, por todo lo demás.*

EL RELATO

No veo nada, y sin embargo no siento la necesidad de mirar. No logro entenderlo. Tampoco se muy bien donde estoy, es extraño. Me duele la cabeza, me siento como un eco que rebota en una caverna, como una presencia, como un murmullo perdido. Mi voz, aunque no suena, parece lejana, sorda pero audible, inexplicable. Tengo la misma sensación que tendría en una habitación sin muebles, una idea parecida a la que tengo de ese desierto al que nunca he ido. No logro entenderlo, apenas me siento vivo, levemente, como si mi propia existencia no fuese más pesada que un suspiro.

Entonces, de repente, presiento que alguien se acerca. Surge de la nada, está en ella, él también es nada, por más que pueda percibirlo. Lo que más me sorprende sin embargo es que siento que le conozco. Pareciera que no estuviera fuera de lugar, muy por el contrario bien se podría pensar que ese es justo su lugar. Creo que me observa. Sus ojos son grandes. Profundos y turbulentos como vórtices. No puedo dejar de mirarlos. Se desplaza como un animal al acecho, con cuidado, avistando su presa, moviéndose de un lado a otro con pasos medidos, como si sorteara piedras inexistentes. Aún no ha llegado a mí, le faltan unos metros, pero parece enorme. Amenazante.

—¿Dónde vas? ¿Qué pretendes? —me pregunta.

Es ahora cuando le reconozco. Su voz suena más clara que nunca, a veces sonó más alta, sí, pero no tan limpia. Me oprime la cabeza.

—Estás donde tú elegiste —me sigue diciendo—. ¿Ya lo olvidaste?

—¡Tú! ¿Qué buscas? ¡Dime dónde estoy! —le ordeno.

De nuevo, como siempre, hace caso omiso a mis preguntas. Siempre calla, sólo escucha lo que le interesa.

—Cálmate Mario. Relájate.

—¡Es imposible! —le hago saber.

No puedo verle, es cierto, pero no dejo de sentir su mirada sobre mí. Duele. Atrae. Es la espada de Damocles que pende sobre mi cabeza. Me dice sin palabras que la vida es pesada y arbi-

traría, mucho más que un juego de dados. Me dice que, a su manera, arrebatada y cede. Es caprichosa. Nadie sabe lo que ha de venir. ¡Qué listo es! Se refiere a ella. Es cierto. Yo no lo sabía tampoco. ¿Cómo podría haberlo imaginado? De haber podido, seguramente, ni siquiera hubiera querido saberlo. Hubiese vivido entonces en continua tensión. Aunque, ahora que reflexiono sobre esto, me doy cuenta que fue justo lo que hice antes de que ella apareciera en mi vida. Esperarla. Imaginarla. Desearla.

—Fue sólo un sueño —me dice.

—¡Maldito! ¡Eres traicionero! ¡Me conoces demasiado bien!

Con sus palabras siempre vuelve el niño, el asustadizo, el que agacha la mirada; ese niño lejano que se esconde en el armario para llorar sin que nadie lo vea.

—¿Es qué acaso no me conoces también tú a mí tanto como yo a ti?

—Sí, tal vez, pero aquí el juez eres tú— le digo.

—Zapatero a tus zapatos.

—Sí, tú eres la piedra que perturba mis andares.

No puedo evitar jugar con sus palabras. Me pregunto como puedo tener todavía ganas de hacer bromas. Cada vez me siento más extraño. No siento miedo, ni dolor alguno, es sólo que no comprendo esta sensación. Es curiosidad más que nada. Es como mirar hacia el infinito.

No puedo saber cómo he llegado aquí y, sin embargo, su recuerdo parece más presente que nunca, casi parece que pueda llegar a tocarla.

—No seas estúpido, no podrás.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes —ahora me habla con severidad, como un padre al que es imposible engañar—. Todo acabó.

Todo acabó, me repito. Todo acabó. ¿Será verdad? Ella está sentada a mi lado, pero mira en otra dirección, parece que busca algo. Presiento su tristeza. ¿Por qué estás triste amor?, le pregunto. Pero no me responde. A mí me parece que si alargo la mano la podré tocar. Tengo que intentarlo. Extiendo el brazo y paso la mano por entre su pelo. Mis dedos dejan atrás su oreja izquierda,

la sien, la nuca, el óvalo convexo de su cráneo. Mi corazón late apresurado y el aire se aglomera en mis pulmones.

Pero de repente mi mano se detiene, algunas lágrimas empiezan a caer mansamente. Son lágrimas que no existen, sólo las siento correr por mis mejillas como pequeños ríos de aguas heladas. Sólo siento el pesar que provocan en mi alma.

—Sí, es cierto. Todo acabó.

—Ya te avisé.

—Y entonces, ¿qué quieres de mí?, ¿qué necesitas saber? —le pregunto.

—Lo sabes muy bien.

—Quieres que te hable de ella,... Quieres que te hable de Silvia.

—Sí.

—Pero, ¿para qué? No lo entiendo.

—Para que comprendas —me dice—, para que puedas continuar adelante. Para que sepas lo que has hecho. Para que yo lo sepa. Debes dejarme atrás. Debes comprender.

—Y ¿cómo puedo hacerlo?

—Contándome lo que pasó. Desde el principio. Sin olvidar detalle.

—Estate seguro de que no he olvidado ninguno.

Él se ríe. Me esconde algo. Después pasa un minuto, o una hora, puede que días. Aquí no existe el tiempo así que no lo sé. Él calla, está esperando. De acuerdo, lo haré. Mi mente surca las aguas del recuerdo con osada habilidad, parte la proa el pasado en dos como una espada el aire que detiene su caída hacia el corazón.

—Lo primero que viene a mi cabeza es su cuerpo bajo la luz naranja. El sol brillaba con frescura, como solamente lo hace en primavera. Recuerdo el olor del monte, el aroma de la tierra mezclándose con el de su piel.

Me detengo un momento, únicamente un instante. ¿Estoy llorando de nuevo o estoy en cambio sonriendo? El recuerdo, por triste o por dichoso, es en ocasiones una pesada losa que uno ha de transportar hasta la muerte. Casi pesa tanto como los sueños.

LA LLAMA INSTANTÁNEA

Volví bajo la tela naranja, allí estaba ella, desnuda, me esperaba. Bebió el agua que traje con ansia. ¿Cuánto hacía que no comíamos? Luego bebí yo también, también con ansia. El resto del agua de la botella me pidió a gritos que la dejara correr por su cuerpo, por su cara, por su pelo, por sus pechos, entre sus brazos, por su cintura, por sus rodillas, entre sus piernas. Yo estuve de acuerdo. Después yo fui el encargado de seguir cada gota, osada en el camino que recorría sobre su piel. Mis labios, mis dedos, también fueron osados.

La vi al regresar de las duchas, mientras aún empezaba a caer la tarde. Solo fue una ojeada momentánea y más bien tímida, muy propia de mi carácter, timorato y reservado. Un rápido vistazo medianamente insolente que no me impidió sin embargo observar la belleza de que hacía gala. No creo que ella se fijara en mí siquiera. Cuál sería mi asombro al descubrirla, horas después, entre las chicas que mis amigos habían invitado a cenar en nuestras tiendas aquella misma noche.

El atardecer era inminente. Un olor impregnaba intenso y penetrante cada rincón, flotando como una atmósfera diferente entre los árboles, entre las hojas. Sobre nuestras cabezas las tupidas ramas conformaban un sinfín de fuentes de las que emanaban los últimos rayos de luz. Estos, en su caída sobre el suelo, dibujaban una oscura tela roída sobre la que nuestros cuerpos descansaban indiferentes, cobijados por infinitos y quebrados soles.

La tempranera cena había consistido en toda una suerte de carnes a la brasa, no sé de que tipo ni de dónde habían aparecido, a la que no presté el menor cuidado. En fin, poco importaba. Acompañados como estábamos por mujeres nuestra atención estaba puesta por entero en desplegar toda una red de seducción, más o menos elaborada, en la que atrapar sus jóvenes y deliciosas almas entre aquel barullo de intenciones: más ocultas unas, más inteligentes otras, torpes las que más, aunque empapadas todas ellas en definitiva de las mil formas del deseo.

Y en medio de todo esto estábamos nosotros dos. Estaba yo y estaba ella. Y nada más. Nuestras miradas se encontraban una y otra vez. La atracción era evidente y mutua. Estando esto claro

para ambos, durante el resto de la cena apenas nos dirigimos algunas palabras, las justas. Aquello que nos queríamos decir no necesitaba de ellas, es más, hubiesen resultado un estorbo, un lastre, un esfuerzo inútil. No es que no las necesitáramos, es que no queríamos usarlas, es que aquel juego consistía justo en evitarlas.

Yo tenía pues tan solo ojos para los suyos, así que concentré en estos mi esencia con la celeridad propia de mi juventud y como si de ballestas se tratasen le lancé dardos envenenados de deseo. Ella los bebió y los hizo suyos. Con igual lenguaje me respondió. Todo su cuerpo se movía al compás de sus palabras. Todo en ella era seducción y todo ello en silencio. El entorno idílico se prestaba a su danza. Alrededor las voces de nuestros compañeros charlaban, reían, bromeaban en mundos lejanos para nosotros dos. Poco importaban ya.

Todo a la tenue luz de unas tímidas linternas a pilas y una luna apenas creciente. Entre la bucólica sintonía ambiental del bosque, ahora sombras y siluetas en la oscuridad del recuerdo, nos dimos un primer beso lleno de temores y de ansia.

Aquello fue el disparo de salida a un torrente de pasión contenido, deseoso de desbordarse, de arrasarlo con todo lo que meses, tal vez años de pensamiento lógico y racional habían levantado en mi interior.

Así fue.

Y así el sexo se hizo presa de nuestros cuerpos, de nuestras almas, sobre todo de nuestras mentes, convirtiéndose de esa manera en un puente entre el mundo de las ideas y el de los sentidos, marcando el sentido a seguir, definiéndose a cada minuto. En un fluir constante y turbulento, la satírica verdad apareció ante nuestros espíritus para gritar en silencio su dominio, para alejar todo lo que no estuviera bajo la lona anaranjada. Sobre ella el mundo exterior solo eran sombras, la vida, el porque, la respuesta estaba en nosotros, en la fusión de la piel y el sentimiento, de la sinrazón y la física descontrolada. Egoístas, sinceros, vivimos la razón de nuestra existencia, o en todo caso una buena excusa para ella, porque en aquel instante, mientras me abandonaba por completo al azote de los sentidos, mientras recogía furioso el fruto espiritual, volátil e inflamable que reivindicaba para sí mi alma, la razón más poderosa que diese respuesta a aquella pregunta no

podía ser para mí otra sino aquel sentimiento sin artilugios y sin control que estaba experimentando en cada centímetro de mi cuerpo y de mi espíritu, ese amor desconocido, sin masticar, esa gota de lluvia que no sabe dónde caerá, ¡qué importaba! Todo fue mucho más simple, ni siquiera creo que el ella tuviera más valor que el necesario. En ese instante solo era el vehículo, como yo lo era también para el disfrute de sus propias ambiciones. Resonaba lejano el eco eterno del instinto. Si la verdad reside en algún sitio, si acaso existe, debe estar en un lugar como ese. ¿Dónde si no en el abandono, en la sumisión al sentimiento universal que rondaba por entre nosotros, en nuestras venas? Sin moralidad, sin juicios prematuros, sin distorsión alguna que no fuera obra de nuestra propia voluntad caímos derrotados por el amor que nosotros mismos habíamos decidido vivir; un amor único hecho de retales que habíamos recogido en el camino. Afortunados, fuimos víctimas de nosotros mismos, y no nos importó. Ni siquiera sé si su amor tenía la misma forma que el mío, solo sé que aceptaba, mejor, ni siquiera se planteaba mi forma de sentirlo. Martillos invisibles golpeaban mi espíritu con un ritmo irrepitible.

Los minutos pasaron vertiginosos. Estábamos rodeados de pasión. Esa que todo lo cubre, a la que nada escapa. Agua desbordada que todo lo moja. Con o sin razón debía dejarme llevar. ¡Son tan preciosos, tan contados esos momentos! En mi vida carente de emoción, tan tempestuoso sentimiento era agua fresca para mi adormecido corazón. Así pues, no me resultó nada complicado dejarme empapar por sus besos ni por sus palabras, a las que yo respondía extasiado con más besos y más palabras.

Después de aquellas horas insaciables nuestros cuerpos se separaron. El sol, implacable en su llamada, se sostenía ya sobre el horizonte. La droga que había sido aquella noche empezaba su descenso y nuestros besos intentaban hacerla durar en un loable pero inútil esfuerzo. Sabíamos que podía volver, que de hecho lo haría aunque fuera en otros brazos, pero nuestra naturaleza encaprichada se negó a dejarla marchar tan fácilmente. Callamos este triste pensamiento como se les calla a los enfermos la verdadera gravedad de sus males. Hasta la próxima vez viviríamos en una pendiente resbaladiza, intentando alcanzar de nuevo la cumbre que se alza al final del camino helado. Unas veces lejos, otras más cerca, siempre despacio, viviríamos expectantes de un paso

en falso que nos alejase de nuestra senda, del arbusto en llamas que en el monte sagrado de nuestras almas clamaba unos mandamientos distintos a los enseñados y sin embargo más verdaderos, aunque no por ello más fáciles de cumplir.

Debían ser ya cerca de las doce y media de la mañana. El sol caía pesado sobre la tienda de campaña. En el exterior sonaban algunas voces anónimas mientras de fondo un disco murmuraba una somnolienta letanía. Miré a mi alrededor embriagado todavía por la noche anterior, aturdido por el calor y la luz del mediodía. Junto a mí, Silvia yacía adormecida sobre el colchón que habíamos improvisado a base de mantas y sacos de dormir. La miré detenidamente bajo la claridad, sus pies descansaban uno encima de otro sobre el suelo de plástico. En ellos el sol había tatuado el dibujo de las sandalias sobre su piel. A partir de aquí sus piernas se extendían, extremadamente morenas, como el resto de su cuerpo, a lo largo de la frontera que dibujaba su silueta carnal; una encima de otra, la izquierda ligeramente doblada sobre la derecha en un interminable camino de deseo hasta su cintura. Sobre su pubis, delicadamente aligerado de bello, el abdomen terso servía de perfecto lienzo para un pequeño sol trazado en tinta, orgulloso habitante de su ingle. Un poco más arriba, su ombligo, pozo de mis pasiones, estaba atrapado en un óvalo de finos contornos tatuado a su alrededor, como un ojo entrecerrado. Nunca había visto nada igual. No pude contener el deseo de pasar mi mano sobre él, en un roce, con cuidado de no despertarla. Desde allí mi dedo índice ascendió tanteando un reflejo de luz sobre su vientre hasta sus pechos ligeros, firmes y grávidos, que se llenaban y vaciaban con cada respiración en un remoto compás, como un suave ir y venir de hojas mecidas por la brisa. Coronaban las cimas gemelas una perfección de oscura y gruesa piel acurrucada, rocosa cumbre de mis deseos. Adoré el camino que estaba trazando sobre ella como había hecho anoche con mis labios. Sobre sus senos, apenas algo más que en su cintura, los rayos solares, como si se hubiesen llevado a su paso el color, habían marcado la huella difusa de su ropa interior, desapareciendo detrás de sus hombros como un río lejano tras el horizonte sobre el que se alzaba su cuello, pilar de su barbilla, recipiente de sus labios y sus mejillas. Cerca de allí observé sus grandes ojos en equilibrio, funambulitas sobre la cuerda floja de su pequeña nariz, ligeramente respingona, divertida.

Y en su frente, el calor. La sangre borboteando bajo la piel. Y el mismo calor dejando escapar solitarias gotas de sudor que se perdían entre su pelo, preciado néctar, rizado y moreno como dunas bañadas por la luna en la noche del Atlas. Largo y desecho se esparcía sin orden sobre las mantas, legendaria Berenice. Mis ojos volvieron atrás, sobre sus labios: llenos, grandes, confortables. Ahora ligeramente abiertos dejaban escapar una respiración profunda, como un suspiro eterno. La vasija de mi deseo. La tercera estrella en la constelación de su cuerpo.

Su lasciva presencia y el reflejo de su calor en la convulsiva excitación me quemaban por dentro. Me acerqué sigiloso con la esperanza de no sobresaltarla. Nuestros labios estaban separados apenas por un par de milímetros de aire. Como un navío acercándose ligeramente al muelle, até cabos, uno a uno, sobre su piel. Sentí el calor suave que exhalaba su cuerpo, su tacto caliente y húmedo. Mis labios dejaron atrás los suyos para adentrarse en el mar de su pelo, mis manos se posaron en su cintura, mi sexo también. Silvia, todavía entre ensoñaciones, separó las piernas. Ojalá no despierte, pensé. Ojalá sea parte de su sueño. No podía ver sus ojos. Desconcertado, incluso disgustado por el silencio aparente de su mente, que no de su cuerpo, excitado, quise hacerle el amor sin saber si era robado. Violar su consciencia, que no su deseo, y ser ladrón de sus caricias, de sus afectos. Tuve pues que besarla en silencio, temeroso de ser descubierto, sofocando el aire en mis pulmones, frenando dolorosamente el ímpetu en las paredes de la garganta, allí donde los gemidos se agitaban como galgos anudados que inquietos esperaran la salida para abalanzarse tras la liebre. Con cuidado la recosté sobre su espalda bañada en sudor. Mi cintura oscilaba sobre la suya y la golpeaba en un vaivén rítmico, apenas perceptible. Silvia pasó sus manos por detrás de mis muslos aferrándose a ellos con fuerza y su espalda se arqueó mientras ella hundía la nuca en el cojín de espuma. En ese momento le pude ver los ojos, pero no supe si estaba despierta. Me gusta pensar que no. Ella bufaba, su respirar se había transformado en un sonido pesado y arrítmico, cautivador. Mis músculos y los suyos estaban enormemente tensos. Los tendones se estremecían ligeramente en su cuello como vibran graves y robustas las cuerdas del arpa. Sus piernas me rodeaban y sus delicados brazos se aferraban a mis hombros, a unos centímetros

sobre el suelo. En un instante dejó caer su peso a un lado haciendo que ambos girásemos. Aún continuaban sus ojos cerrados cuando se sentó sobre mí. Su espalda se dobló hacia atrás de nuevo mientras sujetaba mis muslos. Sus pechos se alzaban poderosos. Silvia continuaba jadeando en un movimiento nervioso y salvaje. Su ombligo tatuado se estremecía con el vaivén de sus nalgas sobre mi cintura.

Entonces, al fin, la pasión de su cuerpo escapó líquida a la vez que mi deseo, mojándonos, aliviando el calor. Yo creí que la vida se me iba entre las piernas, como si una Silvia increíblemente benévola me hubiese aligerado de una pesada carga.

Su respirar se calmó. Sus músculos descansaron. Yo dudaba. ¿Habrás sido consciente?, me preguntaba. ¿Podrá ser que haya permanecido dormida durante todo este tiempo? ¡Ay, si yo supiera que le he robado un sueño!

Sin dejar de aferrar mis muslos ella volvió la cabeza hacia delante. Sus mejillas estaban inyectas en un sonrosado ardor. Su pelo mojado se le pegaba a las mejillas y a la boca. Nunca hubo nada que reúna en ella tanta belleza como la había en su cuerpo extenuado. Y entonces, finalmente, volvió su rostro hacia el mío, que aguardaba expectante, y sus ojos se abrieron entonces en un movimiento infinito.

Esa fue toda la respuesta que yo necesitaba.

Al día siguiente comimos al refugio que ofrecían las ramas. Tras la noche anterior a todos atenazaba el hambre; eran cerca de las cinco de la tarde y la mayoría de la gente que estaba en el camping daba cuenta de la digestión en sus respectivas tiendas. Era esa hora en que parece que todo se detiene, en que la vida misma se frena y se deja caer sobre la almohada. En realidad lo parece. Como una canción que cambia de ritmo, así la vida mantiene una cadencia distinta a esas horas, en un prelude de la noche. Desde algunas tiendas cercanas llegaban hasta mí las voces de gente charlando bajo los árboles mientras en otras sin embargo el silencio delataba que habían preferido descansar. Daban fe de aquellos unos pocos que yo podía ver desde donde estaba y que desparramados en sus iglúes, con las entradas totalmente abiertas, intentaban capturar una ligera brisa entre el bochorno de aquella tarde.